

'TITESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

► HOMENAJE A ERICH FROMM

► GIUSEPPE AMARA

► JORGE SILVA GARCÍA

► JULIANA GONZÁLEZ

► JOSÉ PASCUAL BUXÓ

► GIUSEPPE UNGARETTI



► CLAUDE MOSSÉ

► ROBERT PENN WARREN

► MARGARITA VALDÉS

► WONFILIO TREJO

► EDUARDO A. RABOSI

► MÓNICA MANSOUR ► CARLOS PEREYRA ► DOLORES FERNÁNDEZ

► ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF

► ENRIQUETA GONZÁLEZ PADILLA

ANNUNZIATA ROSSI



40.00 pesos

Enero / 1981

THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 8
Enero/1981**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General Académico:

Dr. Fernando Pérez Correa

Secretario General Administrativo:

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras**

Director: Abelardo Villegas

Editor: Benjamín Villanueva

**Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, Benjamín Villanueva**

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.

Índice

ERICH FROMM: *Idolatría, Soledad, Amor (Mesa redonda)*

GIUSEPPE AMARA:

El dilema de la conciencia en la teoría de Fromm 4

JULIANA GONZÁLEZ:

Fromm y la naturaleza ética del hombre 9

JORGE SILVA GARCÍA:

Erich Fromm: problemas centrales del hombre: amor, soledad e idolatría 12

JOSÉ PASCUAL BUXÓ:

Lenguaje y realidad en la poesía de César Vallejo 15

CARLOS PEREYRA:

Causalidad y Explicación en la historia 21

GIUSEPPE UNGARETTI

Los comentarios a "L'infinito" de Leopardi 29

MÓNICA MANSOUR:

Estructuras semánticas del discurso literario 32

EDUARDO A RABOSI:

La filosofía de lo moral: ¿una empresa sin intereses? 38

ROBERT PENN WARREN:

La helada de las moras 41

CLAUDE MOSSÉ:

Democracia antigua y democracia moderna 52

La tradición presente

ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF:

El desenvolvimiento del espíritu helénico (2a. y última parte) 57

Discusión

Margarita Valdés: En torno a Fenomenalismo y Realismo

Wonfilio Trejo: Disipando dificultades

Notas y Reseñas

Dolores Fernández Muñoz: En defensa de Celio de Cicerón

66
72
79

Erich Fromm

Idolatría, soledad, amor

GIUSEPPE AMARA

El dilema de la conciencia en la teoría de Fromm

El problema

La existencia humana, según Fromm, plantea un problema que exige una respuesta imposible de eludir. El hombre obligado a tener que vivir la vida, al cobrar conciencia de sí, se vive condenado a una separatividad existencial, a un estado de constante vulnerabilidad, se vive condenado a trabajos forzados y condenado a muerte. Por la conciencia de estas condiciones se ve necesitado a trascender la simple actividad de sobrevivencia, para dar una respuesta —cualquiera que sea la respuesta— al problema de reconocerse humano. Puede tratar de superar la separatividad mediante una conciencia apenas despierta que le permita sobrevivir y guardar las apariencias sociales de la relación con los demás y con el mundo. En un sentido equidistante, puede responder del modo que Fromm denomina “nacer plenamente”; donde la conciencia se libera de las represiones sociales, desarrolla sus potencialidades inherentes de amor y razón, trasciende su orientación egocéntrica y resuelve su separatividad por la experiencia de armonía con el todo, conservando la propia identidad mediante un yo nuevo que ha trascendido al yo enajenado. Pero en la sociedad contemporánea una respuesta totalizante es muy rara. Frecuentemente, la conciencia “falsa, abstractificante, distorsionada”, es la que se despierta sólo lo suficiente para adaptarse y sobrevivir en la enajenación social. Y aunque es innegable que en muchos casos el vivirse condenados a una existencia destinada a satisfacer la simple sobrevivencia y las exigencias sociales, desencadena hastíos y sufrimientos crecientes, los desarrollos de la conciencia actual para compensar esta limitación poco soportable, han estimulado su crecimiento a expensas de las facultades reflexivas y deductivas, con una casi total indiferencia y falta de fe por el desarrollo de aquella conciencia de la plenitud armoniosa y unitiva.

Erich Fromm es uno de aquellos autores que han considerado como muy significativa la notable discrepancia entre el crecimiento reflexivo de tipo cuantitativo y abstractificador de la conciencia y la todavía muy débil capacidad de la conciencia en experiencias de trascendencia de tipo religioso. Fromm vivió convencido de la probabilidad de rescatar este segundo tipo de conciencia a un grado generalizado como para compensar el desequilibrio entre los tipos de experiencias de la conciencia.

Más allá de su respeto por todo tipo de creencia religiosa, Fromm afirmaba que esta expansión hacia una conciencia verdaderamente auténtica podría lograrse sin la mediación de un sistema de creencia teístico, cuyo modelo milenarista lo representa la corriente zen budista no teística. Que sea indispensable el desarrollo de este tipo de conciencia, es un asunto desde luego abierto a toda discusión y experimentación. Sin embargo, al mismo tiempo Fromm ha puesto de manifiesto las notables contradicciones de la conciencia contemporánea. Junto con el desarrollo de un conocimiento de velocidad creciente tanto en la expansión tecnológica como administrativa del mundo, se ha incrementado el sufrimiento de la conciencia o aún más su deshumanización insensible, cuya trágica incapacidad de siquiera sufrir la representa la denominada “conciencia depresiva”.

A la hora de responder a Dostoievski por las repercusiones de la muerte de Dios en la conciencia humana, Fromm utiliza el método marxista, y demuestra fehacientemente que los cambios de la estructura de la existencia social son los que más han determinado los cambios de la estructura de la conciencia.

Pero cuando trata de llevar a término una importante cuestión que Freud dejó abierta, la investigación psicoanalítica de la sociedad, Fromm debe concluir que la conciencia humana sufre un creciente deterioro y es una conciencia que en relación a la del siglo XIX es mucho más enferma, y cercana, en un número todavía limitado, a un grado de irreversibilidad de su patología.

Si Fromm no reconoce como particularmente importante la muerte de Dios en el proceso de deshumanización de la conciencia humana trata de reconocer cuáles prácticas de vida social determinan el deterioro de aquella. Y así cuando intenta formular un método de recuperación y expansión de la conciencia a partir de las determinaciones sociales se ve obligado a reconocer la necesidad del cambio de las condiciones de existencia preconizado por Marx; pero cuando trata de ofrecer un método de recuperación individual de la conciencia que propone como necesaria corresponde a la experiencia de tipo “religioso” teísta o no teísta.

De tal modo que si consideramos el punto de vista de Fromm acerca del problema de la conciencia humana, veremos que a pesar de varios milenios el problema sigue siendo el mismo, y que el destino de la conciencia todavía depende de la alternativa entre la experiencia idola-



trica — hoy representada por la experiencia enajenada— y la auténtica experiencia humanista, plena y autónoma.

Veamos brevemente cuáles tipos de conciencia deshumanizada por los respectivos condicionamientos del capitalismo contemporáneo analiza Fromm.

La orientación de la conciencia

Para aproximarnos al problema de la situación de la conciencia contemporánea, hemos de comenzar con relacionar la conciencia con la noción de la “nada”. Aun cuando la nada en sí misma no es experimentable, son cada vez más frecuentes sin embargo ciertos momentos críticos de la existencia en los que se padece un tipo de experiencia que de algún modo es referible a la nada. Ocorre en esos estados de creencia de que la vida carece de todo sentido o significado, cuando se cree haber perdido todo vínculo con los puntos de referencia que permitían en el pasado orientarse en el tiempo y entre las formas de la existencia, cuando los mismos objetos del mundo son desvirtuados y deslucidos en un trasfondo incoherente ante el cual no se puede rescatar ninguna sensibilidad y significancia. Esta pérdida de la sensibilidad y de la significación de los objetos del mundo puede presentarse de un modo precipitado y caracterizar así una de las experiencias más patéticas de la crisis de angustia. Es mucho más frecuente que la incapacidad de vivenciar los significados del mundo crezca de un modo paulatino, en cuya lentitud arrastra a la conciencia hacia ese estado de no-ser cristalizado, que se reconoce como “depresión”.

En la depresión se añora, si acaso, el haber perdido —nada paradójicamente— aquel sufrimiento mediante el cual se experimentaba la magnitud de la desesperación por la impotencia en experimentar y responder ante las significaciones de la vida y del mundo. Esta pérdida de la significación de seres y cosas es paralela a una más o menos dolorosa incapacidad de entrar en vibración mediante los sentidos con los fenómenos y manifestaciones de los objetos.

El resultado final de este proceso nulificante es la transformación de la conciencia en un estado de pasividad en que se identifica con la inutilidad y la insustanciabilidad de hechos, seres y cosas, los que se perciben sólo yuxtapuestos sin orden ni devenir alguno. Esta experiencia

puede padecerse de un modo caótico, porque más que confundirse los objetos regresan a un tipo de presencia general primaria, de toda imprecisión, indefinición, insignificancia, donde desaparece toda trascendencia y la continuidad existencial sólo se percibe como un escenario acartonado que se establece “en lugar de la nada”.

Para no perderse en este tipo de experiencia caótica, la conciencia debe encontrar significaciones y resonancias sensoriales y efectivas en la multiplicidad existente, cuyos conjuntos de relaciones estructuran por lo menos provisionalmente cierto “sentido de la vida”. Esta necesidad de encontrar significación y sentido en el mundo es tan indispensable como la necesidad de estimulación sensorial, efectiva e intelectual.

Ante un mundo que es al mismo tiempo en su inmanencia correlativo a la nada, la conciencia desde un primer momento debe orientarse. De tal modo que con la estructuración de la misma conciencia se articula el sistema de orientación. Ser conscientes de existir equivale a orientarse de algún modo. Y de los objetos se percibirán diversas significaciones según sean distintos los tipos de visión de las estructuras orientadoras. La conciencia orientada por la necesidad de asirse a un guía, a una autoridad establecida, percibe y elige los significados de los objetos —las imágenes de sus deseos— según el orden, la organización y la jerarquía con que la autoridad asegura un lugar, un significado y la apariencia de cierta estabilidad. La autoritaria es aquella creación cerrada y consolidada cuya dureza de diamante le hace representar la apariencia de la persistencia ante el embate de la misma nada que desintegra tiempos y espacios. Es la ilusión de la perennidad del Estado, del poder de lo instituido. La identificación con la estructura autoritaria es una forma de superar el terror de percibirse como conciencia viviente y naturalmente solitaria mediante la apariencia de asimilarse a la indolencia de la materia.

Desde el punto de vista de la orientación no autoritaria, la posibilidad de la nada, a la vez siempre presente y ausente, es la que permite en cambio relativizar las formas y el poder de la materia, que rinde inútil como indeseable el anhelo de pertenecer a la misma materia como de poseerla o consumirla. Esta conciencia, puesto que no tiende a venerar a los objetos como significaciones absolutas puede sostenerse por sí

misma y libre en la modalidad existencial de simplemente ser.

Pero aun la misma conciencia autónoma necesita vincularse afectiva y racionalmente con los puntos de referencia fundamentales de cierta orientación. Si para las conciencias de dependencia forzada, que necesitan asirse a determinados centros de referencias, éstos corresponden a la madre, la sangre, la patria, la sociedad, la autoridad instituida, las conciencias que se humanizan de un modo autónomo tienden a desligarse de los centros de dependencia afectiva, prescinden de sometimientos y guías, y en el pleno desarrollo de estructuras centradas en sí mismas tienden a participar del centro de referencia que constituye la fraternidad grupal, donde se realiza una interrelación afectiva e intelectual compatible con la respectiva libertad e independencia. Pero en el mundo

cia nada cualitativa, la esencia del "valor cambio".

Sin embargo, un mundo que pierde progresivamente significación repercute negativamente en el crecimiento centrado en la expansión egocéntrica, pero de ningún modo en el dominio de la libertad humana del no-yo donde toda significación del objeto es siempre relativizada, y donde puede cultivarse tanto la presencia de los objetos como su disolución en la nada.

La conciencia enajenada

En este tipo de experiencia persiste la conciencia de la polaridad sujeto-objeto, pero el sujeto no se percibe como un poder autónomo, con una identidad definida y una integridad estructurada. Y el objeto no es experimentado en su realidad sino distorsionado



capitalista contemporáneo "han estallado" todos los puntos y centros de referencia mediante los cuales el hombre se orientaba o se aferraba ante la totalidad y la nada. En el capítulo dedicado a la "enajenación humana" del libro *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*, Fromm declara: "Ya no estamos en el centro del universo. Ya no somos la finalidad de la creación. Ya no somos los amos de un mundo manejable y reconocible. Somos una partícula de polvo, una nada, en algún lugar del espacio, sin ninguna clase de relación concreta con nada".

Esta perversión de la significación y sensibilidad humana, Fromm la relaciona con el crecimiento desproporcionado de la conciencia a expensas de las funciones cuantitativas y abstractificantes, y por la transformación de la esencia de los objetos en la asimilación de una esen-

por los pensamientos e imágenes que se proyectan en el objeto que a su vez, reflejado en la conciencia crea por tanto una "falsa conciencia". Por lo mismo la relación del sujeto con el objeto es una mera apariencia que encubre su irrealidad pues depende de la *cerebración*, que es un modo ilusorio de relacionarse con el mundo cuando en realidad la relación se limita a las palabras que sustituyen la experiencia del mundo.

Por la conciencia enajenada el hombre no se siente a sí mismo como "centro de su mundo", como "creador de sus propios actos". Tal como lo reconoció originalmente Marx, los actos propios se convierten en la experiencia enajenada, en una fuerza extraña, "situada sobre él y contra él, en vez de ser gobernada por él". La persona enajenada proyecta sus propios sentimientos y pensamientos en los objetos, pero no se experimenta a sí mis-

ma como "actividad viviente que se realiza", no se percibe como un centro propio de irradiación de energía cognoscitiva, amorosa, creadora, como el "sujeto de sus sentimientos y pensamientos". Es como si careciera de la "substancia vital", substancia que ha proyectado en sus actos que sin embargo no reconoce como propios, y determinan su vida.

Por la enajenación de la conciencia, el hombre universal parece irrecuperable por el hombre social reducido a un tipo de experiencia que lo revela solitario, a merced de los otros y de la apariencia de sus pertenencias. O aún más, que trata de alcanzar su identidad y el sentimiento de plenitud que tanto le falta, mediante la obtención del objeto que todavía no tiene. Y no por la disolución en cambio de la polaridad sujeto-objeto, conciencia-inconsciente, por el despertar hacia la modalidad existencial de ser.



como singular, incomparable, único. Pero si el ser del valor de cambio, sustituye el ser de la forma concreta, si la esencia mercantilista sustituye la esencia auténtica de la forma, ésta pierde su sentido de ser, su estructuración dinámica, su vida. El culto por la significación del objeto como riqueza abstracta usurpa y sustituye la conciencia del goce y la estimación de objeto concreto.

Los sentidos, nos recuerda Fromm, están estructurados para recibir impresiones en proporciones humanamente manejables. Los conceptos del mundo actual, en cambio, no pueden ser ya manejables por la conciencia. Puesto que el cúmulo de cifras, o la acumulación de datos exteriores no corresponde a ninguna experiencia concreta, ni despierta ninguna respuesta vital; la conciencia con una vitalidad muy restringida es vivida pasivamente por la abstractificación abrumadora. Y puesto que para

La conciencia abstracta

En el mundo capitalista la relación del hombre con los objetos se ha polarizado. "La realidad concreta de las cosas y las personas que podemos relacionar con la realidad de nuestra propia persona es sustituida por abstracciones, por fantasmas que encarnan cantidades diferentes, pero no cualidades diferentes. La nueva esencialidad, enteramente abstracta y del todo ajena al objeto, el valor de cambio como esencialidad enajenada", hoy se cultiva en detrimento de la posibilidad de relacionarnos con el objeto mediante la relación concreta que es la relación en la que el objeto puede manifestarse significativamente al revelar sus fenómenos y cualidades específicas que sólo así logran presentarlo

esta conciencia nada es concreto, nada entonces es real. La conciencia des-realizada vive la vida como irreal.

La conciencia caótica

El modelo de experiencia de esta conciencia se caracteriza por su avidez de devorar sin tregua toda representación de formas, sin conocimiento ni asimilación alguna, por lo que en este consumo por una exterioridad que engulle objetos que permanecen en su exterioridad, se resta toda posibilidad en que sea reconocible alguna significación de los objetos que pueda compensar y frenar entonces la avidez desencadenada.

Por la pasividad, insaciabilidad e indolencia de esta conciencia, y por la creciente insensibilidad e insignificancia ante el mundo y sus objetos, va instaurándose un

tipo de proceso que en su lentitud caracteriza la cada vez más profusa experiencia de la "depresión"; mientras que en su fase acelerada se torna la conciencia de la crisis de angustia y desesperación por la experiencia de haber perdido la capacidad de reconocer alguna significación en los objetos y un sentido a la misma existencia, los cuales parecen caer en un estado primordial de insignificación, insensibilidad y sin sentido.

La conciencia cosificada

La conciencia puede perderse a sí misma en el objeto, es decir que puede objetivarse, reificarse, convertirse en una cosa, una exterioridad del objeto, que si no podrá ser compenetrado tampoco será trascendido ni será trascendente. De tal modo que las cosas son percibidas nada diferentes de los seres vivos, ni siquiera de las partes del propio cuerpo. Es la experiencia del hiperrealismo, donde nada existe sino objetos casi sin sujeto, sin diferencias entre "uno" como objeto y los otros como "objetos". Para esta conciencia la pérdida de un objeto privilegiado corresponde a la amputación o pérdida de una parte del cuerpo. Este tipo de ser, privado de una propiedad, equivale a ser destruido como individuo. A veces se pierde hasta la conciencia misma de voluntad activa, y se experimenta el ser impulsados por los actos mismos de un autómatas.

La conciencia humanista

La conciencia contemporánea enajena al hombre de su humanidad. La conciencia se reduce a ser una pequeña porción de la humanidad total que se reprime en cada hombre. En un hombre enajenado su propia conciencia está separada de la realidad humana profunda, reprimida en el seno de la sociedad, y de la realidad humana de sí mismo, reprimida por los filtros sociales del lenguaje, de la lógica y de los contenidos. Pero es la humanidad total reprimida la condición de la posibilidad de que el hombre recupere la totalidad de sí mismo. El proceso de transformar lo inconsciente en conciencia equivale a trascender la represión personal y social y recuperar la experiencia plena. Si se supera la represión, se entra en contacto con las fuerzas más profundas de uno mismo y de la totalidad de los miembros de una sociedad; se trasciende la dualidad sujeto-objeto, individuo-humanidad, conciencia-inconsciente. El inconsciente representa según Fromm al hombre universal, al hombre total arraigado en el cosmos, aquel que puede dejar de ser víctima de las contingencias sociales. En una sociedad enajenada el hombre vive separado de la propia humanidad, de sí mismo en cuanto riqueza y profundidad. Es un extraño de sí mismo, y por consiguiente los demás también son para él extraños. Pero para que la conciencia pueda expandirse y profundizarse y el inconsciente pueda des-reprimirse, son necesarios sendos cambios cualitativos. Debe entrenarse la conciencia mediante un tipo de conocimiento experiencial que Fromm atribuye a Spinoza, afin también a la conciencia creadora de Bergson. Y el inconsciente debe

adiestrarse y estimularse para poder aportar toda plenitud a la conciencia.

Como puede verse, Fromm se caracteriza por la gravedad de sus reconocimientos de la conciencia enajenada, y por las arduas y difíciles posibilidades de salvación que ofrece. El mismo utiliza el ejemplo de Suzuki de que muchas velas alumbran admirablemente una habitación, pero el cambio decisivo comenzó al penetrarse la obscuridad con la primavera vela. De modo que si la solución es muy ardua, no por ello debe postergarse su iniciación. Y aunque reconozcamos que tal vez "no seremos nosotros quienes completarán la tarea", no por esto vamos a cruzarnos de brazos y a abandonarla, concluye Fromm en uno de sus libros, citando el Mischna. Mas no sólo su camino es difícil, sino que además es necesario confirmar si lo inconsciente es aquella plenitud que al volverse consciente, permita poseer realmente la plenitud existencial. Hay quienes sostienen que la desvitalización del hombre ha llegado a un grado de irreversibilidad que vuelve vano todo tipo de intento de recuperación de la plenitud viviente de lo inconsciente. Quienes han creído que esta plenitud reprimida pueda recuperarse mediante cambios revolucionarios del sistema social, después se han visto obligados a levantar campos de concentración.

Por otra parte, en nuestro medio occidental, la conquista de la plenitud humana es todavía una ilusión y, si acaso, un desarrollo muy incipiente y marginal. Tal parece que el cambio de renovación social requiere de métodos adecuados para la des-represión de la conciencia, y los intentos en el medio capitalista en busca de la plenitud, requieren de un mínimo de cambios sociales.

Fromm de todos modos opina que sólo en una minoría de casos el grado de patología del llamado "síndrome de decadencia", puede perder reversibilidad. Pero que en la mayoría de los casos si se acompaña de cambios sociales paralelos, la conquista de lo inconsciente todavía es posible. Conquista que es relevante para el futuro de la humanidad, puesto que lo inconsciente puede definirse también como aquello viviente que no se alcanza a vivir. Es lo viviente humanizado y pleno que no se vive, ni se recupera, ni se genera, mientras la existencia se precipita, sin que a nadie le sea dado volver atrás y empezar de nuevo.

A continuación sólo nombraremos los requerimientos necesarios para el desarrollo de la conciencia humanista.

1. Realización total del sistema-hombre y del sistema social.
2. Logro de la libertad y desarrollo de la conciencia de la relatividad existencial.
3. Autonomía. Superación de las fijaciones, del narcisismo y del egocentrismo.
4. Desarrollo de la capacidad y potencia de amar.
5. Realización de la relación, de la armonía que trasciende la separatividad y la oposición sujeto-objeto, individuo-humanidad.
6. Plena activación humanizada de la conciencia.

